

2008

LA MEJOR FINAL DE
TENIS DE TODOS
LOS TIEMPOS«El español Rafael Nadal se adjudicó la final
más larga de la historia del torneo de
Wimbledon: duró 4 horas y 48 minutos»

Federer y Nadal protagonizan una rivalidad que no empaña la cordialidad y la admiración mutua que se profesan. RYAN PIERSE AFP

Nadal evoca su título en Wimbledon 2008, la final más bella jamás vista

«Un estallido de poderío»

PAULO ALONSO LOIS
REDACCIÓN / LA VOZ

En la catedral de Wimbledon, la luz del crepúsculo filtraba una atmósfera única el 6 de julio del 2008. Rafa Nadal y Roger Federer, amigos acérrimos, enemigos íntimos, dibujaron el partido más bello de la historia del tenis. Ganó el español por 6-4, 6-4, 6-7 (5), 6-7 (8) y 9-7, en un espectáculo de casi cinco horas y que reúne los ingredientes para un relato inolvidable.

Así lo evoca Nadal en *Rafa. Mi historia*, el libro de John Carlin cuya reproducción autoriza Ediciones Urano para el suplemento del 130 aniversario de La Voz. «Ganar en Wimbledon era de por sí una perspectiva suficientemente tentadora, pero sabía además que una victoria allí significaría que no tardaría en proclamarme número uno del mundo por primera vez. La derrota implicaría seguir a remolque de Federer, quizá condenado a no superarle nunca. Pero en aquel partido yo había tomado la delantera y saqué al comienzo del cuarto set con tanta sere-

nidad como podía esperarse en tales circunstancias. Lo cual no era decir mucho, aunque al menos las piernas no me temblaban y la adrenalina seguía ganándole la batalla a los nervios. Perder el tercer set en el *tiebreak* había sido como recibir un puñetazo, pero aquello ya era agua pasada», relata el ganador.

Nadal ganó los dos primeros sets, perdió los dos siguientes, y la final se volvió tragedia griega. Cayó un mito, Federer, y se agigantó un héroe, Nadal: «Caí de espaldas sobre la hierba, con los brazos estirados, los puños apretados y un rugido de triunfo. El silencio de la pista central dio paso a un auténtico jaleo y yo sucumbí, por fin, a la euforia de la multitud, dejándome inundar por ella, saliendo de la cárcel mental en que me había encerrado desde el principio hasta el final del partido, todo el día, la noche anterior y las dos semanas que había durado el mayor torneo de tenis del mundo. Que, finalmente, yo había ganado al tercer intento: la consumación del trabajo, los sacrificios y los sueños de mi vida. El

miedo a perder, el miedo a ganar, las frustraciones, las decepciones, las decisiones equivocadas, los momentos de cobardía, el temor a acabar llorando otra vez en el suelo de la ducha del vestuario: todo desapareció. No era alivio lo que sentía; estaba más allá de eso. Era un estallido de poderío y júbilo, la caída del dique de la emoción que había tenido comprimida dentro de mi pecho durante las cuatro horas y cuarenta y ocho minutos más tensos de mi vida, una invasión de la más pura alegría».

De la alegría al ritual

Tras el éxtasis, el autocontrol. «Había que guardar la compostura. Tenía que levantarme y acercarme a la red para estrechar la mano de Roger, a quien, tras cuatro años de espera, escudo a punto de arrebatarse el centro de la clasificación mundial. Y aún faltaban las rígidas formalidades de la ceremonia de entrega del trofeo. Pero me brotaron las lágrimas y no pude hacer nada por contenerlas, y aún había que hacer algo más antes de la ceremonia, otra liberación

emocional que necesitaba antes de poder comportarme con un poco de la contención que exigía la tradición de Wimbledon». Nadal subió a la grada y se fundió en un abrazo con su familia. «Escalé una pared para llegar hasta ellos. Yo lloraba, y mi padre, el primero en felicitarme, lloraba también».

«¿Fue el momento más grande de mi trayectoria? [...] En aquel escenario, con aquella historia, aquella expectación, aquella tensión, las interrupciones por la lluvia, la oscuridad, el número 1 contra el número 2, ambos jugando al límite de nuestro juego, la recuperación de Federer y mi resistencia a ella, y yo más orgulloso que nunca de mi comportamiento en una pista de tenis, obsesionado por el recuerdo de la derrota del 2007, pero peleando y ganando mi propia guerra de nervios... De modo que sí, súmese todo y será casi imposible imaginar otro encuentro que haya generado tanta emoción y tanta tensión dramática, y para mí y los míos, una satisfacción y una alegría tan grandes».



[7 de julio del 2008]

LA PIZARRA

El sueño cumplido

Tenía 16 años, y ya apuntaba las virtudes que lo convertirían en una leyenda. El torneo de Vigo del 2002, que yo dirigía, le había dado una invitación por su enorme porvenir. Y Nadal, que conseguía esos días el segundo título de su carrera en el circuito de las promesas de la ATP, ya avanzaba su deseo más íntimo cuando lo entrevisté y respondió sin titubear ni un instante sobre el torneo que más ilusión le haría ganar: «Wimbledon, pero está muy difícil y hay que trabajar mucho». Era el reto de un chaval con las ideas muy claras, y que no se aferraba al terreno habitual de las victorias de los españoles. «Me gustan más la pista cubierta o la hierba que jugar en tierra, aunque la tierra también me gusta».

Lo que dijo de Wimbledon no fue casualidad. Rafa había jugado la prueba junior un mes antes, y el torneo londinense le subyugó: el ambiente, la hierba, lo que le contó su tío de la tradición que allí se albergaba, todo le enamoró, y en su cabeza fijó la meta de que un día en el futuro ganaría el título. Seis años más tarde, el sueño de aquel chaval de Manacor se hacía realidad. ¡Y de qué manera! Tras un partido épico, sensacional, ante el mejor rival, en la catedral del tenis y con millones de espectadores en todo el mundo maravillados durante horas por lo que estaban presenciando. Tras la victoria, la mítica central londinense pudo comprobar junto a la emoción del momento soñado, un gran ejemplo de caballerosidad fruto de la admirable educación deportiva de un gran campeón.